

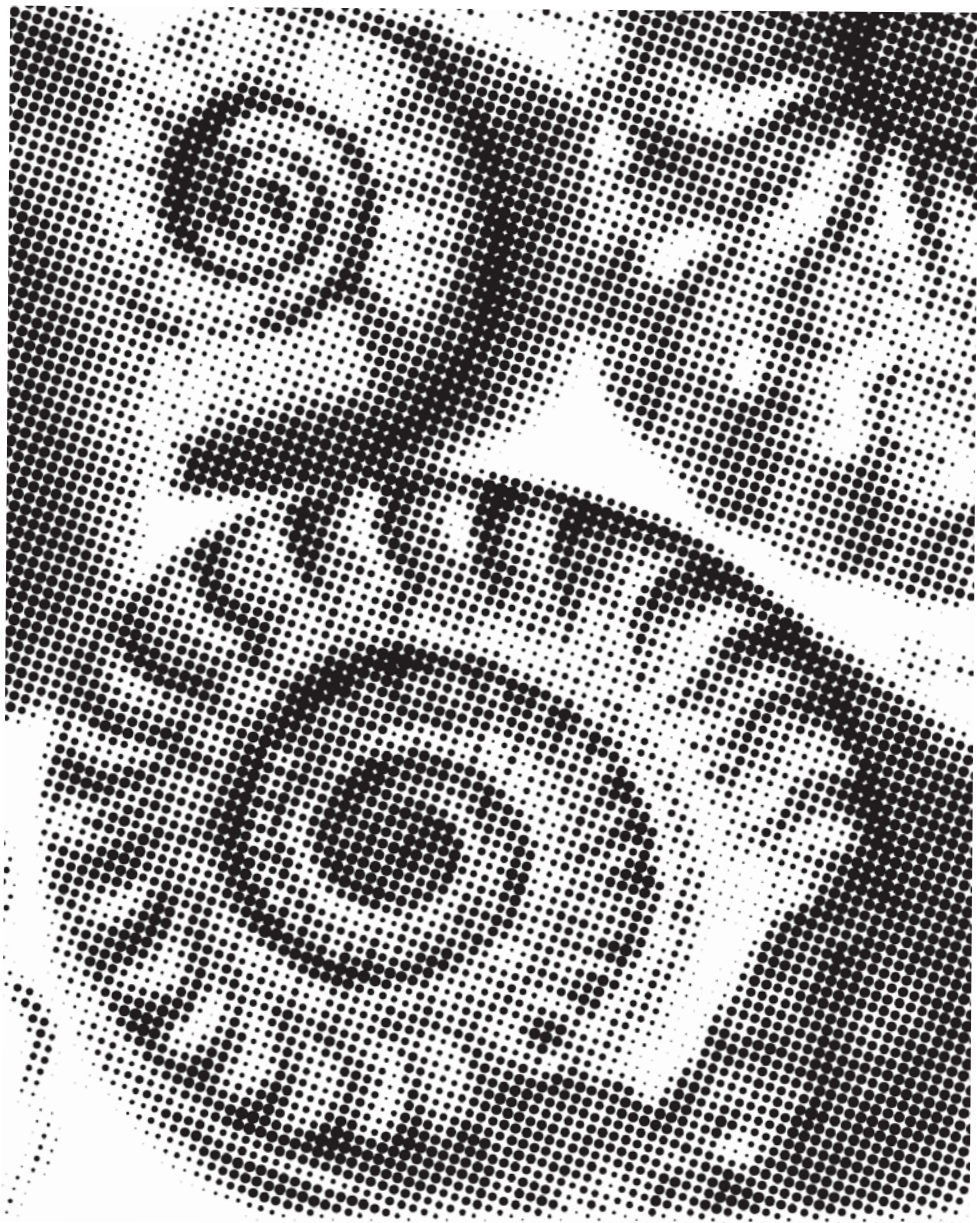
## Prólogo

La enseñanza de la ciencia en la educación general básica se ha transformado en uno de los problemas más serios de la educación, porque al tiempo que se acepta la necesidad de socializar el conocimiento científico, dado que se reconoce la ciencia como una de las fuerzas más relevantes de la cultura contemporánea, para lograrlo se admiten enormes dificultades que van desde cuestiones de carácter epistemológico hasta razones de corte ideológico. Sin embargo hay un primer ejercicio necesario en los intentos por enfrentar el difícil compromiso de enseñar ciencias y es definir algunas condiciones o marcos, de carácter teórico-conceptual, que se consideran necesarios aunque, por supuesto, no se supone ni se pretende que sean suficientes.

En el presente trabajo se propone como uno de esos marcos teóricos necesarios el análisis histórico sostenido desde determinados relatos particulares. Aunque se podría objetar que la historia de la ciencia ha estado presente en la enseñanza desde hace algunos años, en general se lo ha hecho como recurso para introducir o amenizar ciertos temas y no como posibilidad de construir categorías conceptuales que posibiliten definir una cierta imagen de la ciencia que, vale aclarar, en contraste con la representación que se ofrece en muchos manuales y bibliografía producida para la escuela, no es sólo un conjunto de enunciados de leyes o teorías ni un cúmulo de experimentos que permiten decidir acerca de la verdad o falsedad de las ideas en torno a los fenómenos naturales.

Lo que aquí vamos a proponer es una primera aproximación al tema incluyendo algunas narraciones que permitan visualizar el planteo para poder definir, en publicaciones posteriores, líneas concretas de trabajo. Aunque parezca heterodoxo, el cierre de este prólogo será un primer ejercicio histórico porque rescataremos, en parte como sentido de lo que vamos

a desarrollar, unas palabras que Albert Einstein dirigiera a un grupo de niños y que fueran publicadas en 1934. Si no perdemos la perspectiva del tiempo en el que fueron pronunciadas aun hoy pueden movilizar la pasión por entender la ciencia y su historia. En el convulsionado mundo de la década del '30 Einstein pedía a los niños que nunca olvidaran las cosas maravillosas aprendidas en la escuela porque “son obra de muchísimas generaciones, producto del esfuerzo entusiasta y del trabajo incansable de todos los países del mundo”. Continuaba diciendo que todo esto se depositaba “en sus manos como herencia para que lo reciban, lo honren, lo aumenten y puedan transmitirlo una día fielmente a sus hijos. Así es como nosotros los mortales alcanzamos la inmortalidad en las cosas permanentes que creamos en común. Si nunca olvidan esto hallarán un sentido a la vida y al trabajo, y adoptarán la actitud más correcta hacia otras naciones y otras épocas”.



*Restos fósiles dibujados por Robert Hook (1635-1703)*